

antijurídico» y de lo «típico injusto». El propio Beling torna a revisar sus originarios puntos de vista, distinguiendo entre «tipo de delito» y «tipicidad», y Erik Wolf reintroduce elementos personales de lo injusto en la noción así subjetivizada de la tipicidad.

Así se llega a la abierta ofensiva de la escuela nazi de Kiel, de la que fué precursor Kempermann, y que tuvo como corifeos a Schaffstein, Dahm y Helmuth Mayer, motivando la valiente reacción de Schwinge y Zimmerl. Dicha ofensiva contra la tipicidad, en la que se enmascaraba la enemiga contra el legalismo, llevó como cortina de humo una pretendida etización de valores en la noción del injusto, que obviamente no es incompatible con los postulados técnicos y políticos de lo típico legal.

El quinto y último capítulo, de exposición de doctrinas, hace mérito a la situación en la ciencia alemana de la postguerra, notablemente en el campo del finalismo de Welzel y Maurach, en que la tipicidad pasa a ser un indicio de antijuridicidad, así como a las implicaciones del tema en la estimativa del error.

A. QUINTANO RIPOLLÉS

STRAUSS, LEO: *Thoughts on Maquiavelli*, The Free Press, Glencoe, Ill. 1958, 345 páginas.

Leo Strauss, catedrático de Filosofía Política, de la Universidad de Chicago, usando de un pensamiento vigoroso y de un estilo depurado, nos trae de nuevo a Maquiavelo, siquiera sea para que volvamos a gustar de su destacado perfil histórico. Pero su ambición es más científica: quiere ofrecernos una interpretación de la doctrina del gran pensador italiano exenta de contradicciones.

El hombre común, si lee a Maquiavelo, no tiene grandes remilgos en considerarle como un ser malvado. El estudioso, cuando lee a Maquiavelo, tiene sus dudas: lo mismo lo reputa como patriota que como científico de la sociedad.

Strauss, habiéndolo pensado mucho, se une al hombre común. Afirma que los principios contenidos en la obra de Maquiavelo son inmorales e irreligiosos; y disiente de los estudiosos: Maquiavelo, patriota o como científico, es sólo una visión parcial de él mismo. Para comprenderlo totalmente, hay que olvidarse de él en el siglo veinte y situarlo dentro de la herencia pre-moderna del occidente, cuando sus puntos de vista sobre el mundo todavía eran sorprendentes e inesperados.

Leo Strauss se pone a la tarea y nos habla, en un primer capítulo, del doble significado de la enseñanza maquiavélica; de la intención de Maquiavelo al escribir *El Príncipe*, en el capítulo segundo; de su intención al escribir los *Discursos sobre los diez primeros libros de*

Tito Livio, en el capítulo tercero, y, en el último, de la doctrina maquiavélica.

Respecto al primer tema, el autor cree que, si bien Maquiavelo comunica su pensamiento en dos libros, la relación recíproca entre ambos es enigmática. En cada uno de ellos expone todo lo que sabe, no obstante, sus perspectivas son distintas. Después de leer los dos libros, sacamos un promedio de lo que en los dos quiere decir, mas este promedio es distinto del contenido de cada uno de los dos. En realidad, ambas perspectivas quedan reducidas a una diferencia de propósito: cada libro se propone un público distinto, los lectores jóvenes y los viejos.

Se ha dicho que *El Príncipe* es una obra científica; Strauss nada entre dos aguas, y afirma que, en cierto sentido, es un libro de tal índole, ya que en él se encuentran principios generales entresacados de la experiencia mediante la razón. Pero, al mismo tiempo, *El Príncipe* es todo lo opuesto a una obra científica, pues culmina en una apasionada llamada a la acción; en sus páginas se entreveran multitud de juicios de valor, no hay la serenidad ni el desprendimiento que necesita la ciencia. En cuanto tratado científico, *El Príncipe* es obra de investigador; en cuanto camino a seguir, es obra de consejero o predicador.

A esta dicotomía, tratado científico-libro de preceptos, corresponde otra dicotomía en la construcción literaria de la obra. A un exterior tradicional se le opone un interior revolucionario. Maquiavelo conculca la vieja ley para reemplazarla por otra nueva, que cree es mejor que la antigua. Para él, la investigación científica es revolucionaria; la preceptiva es tradicional. Las dos se complementan en su obra.

Si bien en *El Príncipe* es clara la dicotomía mencionada, sin embargo, no lo es la forma en que tal combinación se logra. A la total comprensión se opone el último capítulo del libro. En él, Maquiavelo aconseja al príncipe liberar Italia, pero no dice nada acerca de los medios que ha de usar. Escinde lo tradicional de lo revolucionario. Pero si hace esto, es porque pretende mantener el noble final alejado de los sucios medios que se requieren para su logro. Por eso, la información tan ansiada nos la da en otro lugar, en el capítulo sobre la conquista. Liberar Italia de los extranjeros significa unificar Italia, y unificar Italia significa conquistarla. El liberador de Italia, por tanto, no puede confiar en que sus habitantes le sigan espontáneamente, tiene que llevar a cabo una política de hierro y prisión, de traición y asesinato. La liberación de Italia significa una revolución completa.

El libro se escribe para el príncipe, pero para el nuevo príncipe. En el prólogo, indica Maquiavelo que su doctrina se basa en su conocimiento de las acciones de los grandes hombres, y que éstos son nuevos príncipes, hombres «que han adquirido o fundado reinos». El nuevo príncipe puede ser el fundador de una dinastía en un Estado ya establecido, o el que se apodera de un Estado, o el que funda

un nuevo Estado. El nuevo príncipe, en otro sentido, puede ser un iniciador o un imitador, o bien uno que adopta los modos y órdenes inventados por otro príncipe, o bien uno que inventa un nuevo tipo de sociedad. Maquiavelo expresa de manera que no da lugar a dudas que no espera que su discípulo sea o se convierta en un nuevo príncipe iniciador de nuevos órdenes; simplemente aconseja a su lector que sea un buen imitador. Maquiavelo se precia de ser un buen conocedor de la naturaleza de los príncipes, él sabe qué consejos darle. El nuevo príncipe ha de confiar en él.

Como maestro de príncipes, a Maquiavelo no le interesan especialmente los problemas que confrontan a los nuevos príncipes italianos; el propósito primario de su libro, por tanto, no es dar consejos a un determinado príncipe italiano, sino exponer toda una nueva doctrina para nuevos príncipes en Estados completamente nuevos.

Leo Strauss, en el capítulo tercero de su libro, expone la intención de Maquiavelo al escribir los *Discursos sobre los diez primeros libros de Tito Livio*. Si en *El Príncipe* afirma que en la antigüedad hay órdenes que deben imitarse; en los *Discursos* nos muestra qué órdenes son éstos: el modelo a seguir es el ofrecido por Roma. De aquí que los *Discursos* versen sobre Tito Livio, el historiador de los días gloriosos de Roma.

Pero, ya desde el principio, Maquiavelo se encuentra con dificultades. Los lectores a quienes se dirige son opuestos al orden que trata de instaurar. Por tanto, tiene que recurrir a principios que también ellos reconozcan. Los lectores son grandes admiradores de la antigüedad clásica, aunque no todos sean humanistas: circunstancia favorable que no desaprovecha. Su primer tarea, pues, es fundamentar la autoridad de Tito Livio, si bien antes tiene que establecer la autoridad de la Roma clásica, y, para ello, lo más eficaz es apelar a la antigüedad en general, ya sea clásica o bíblica. No obstante, Maquiavelo no puede llegar a identificarse completamente con Tito Livio; éste, naturalmente, sólo se propone mostrar la grandeza de Roma; aquél, pretende probar la superioridad de la antigüedad romana con respecto a su época. De aquí las adiciones que, de su propio cuño, hace al historiador latino.

Strauss ve la relación existente entre *El Príncipe* y los *Discursos* de la siguiente manera: tanto el uno como el otro presentan una doctrina completamente nueva, revolucionaria, bajo una forma tradicional. Pero, mientras *El Príncipe* encierra una doctrina totalmente nueva respecto de los fundamentos de la sociedad, los *Discursos* contienen, además, una nueva doctrina respecto de la estructura de la sociedad. El tema principal de *El Príncipe* es el fundador, el príncipe creador de nuevos órdenes. El tema de los *Discursos* es el pueblo, en cuanto conservador de los modos u órdenes establecidos, en cuanto depositario de la moral y de la religión.

En el último capítulo, Leo Strauss hace uso nuevamente de su finura de percepción, al analizar la doctrina de Maquiavelo. Análisis

que tiene en cuenta tanto la tradición teológica como la herencia clásica de filosofía política, dominios ambos en los que se desenvuelve el pensamiento de Maquiavelo. De esta manera, arroja por la borda las posibles contradicciones que parecen observarse en su doctrina.

Trabajo de erudición, es una aportación valiosa a la opinión tradicional, que ve en Maquiavelo un agente demoníaco.

J. CASTILLO